Oficio de difuntos

Por Luis Sánchez Latorre

Murió Alberto Baeza Flores. Debo escribir sobre Alberto Baeza Flores. Estoy en deuda con su memoria. Alberto fue siempre muy gentil conmigo.

Murió Mariano Aguirre. Debo escribir sobre Mariano Aguirre, que tenía muchos rasgos de escritor secreto y no pocos de noble caballero antiguo. Antes de conocerlo -que lo conocí tarde-, yo lo imaginaba como alguien de la familia de Francisco de Aguirre. Al encontrarlo por primera vez, experimenté esa confusión también antigua de no saber a ciencia cierta si el franco "Luis" con que me saludaba correspondía a una forma hidalga de lejanos tiempos o si obedecía a un trato mucho más intenso que yo no me atrevía a reconocer de hecho.

Más bien bajo de estatura, Mariano Aguirre acrecentaba curiosamente para mí el porte de esas figuras de la historia que se nos dan desde la infancia en los libros de lecturas. Recuerdo por de pronto el libro magistral de don César Bunster -"El niño chileno"- con que hice mis primeras armas de lector liceano.

Sé que casi todos los del gremio sustentan más y mejores motivos para trazar la etopeya -¡la etopeya, hélas Franklin Quevedo!- de Mariano Aguirre según el generoso recuerdo de que se hizo acreedor su estilo de bondad. Con todo, no se me negará el derecho, ni menos me lo puedo negar yo, de hablar de su persona como de alguien que sin perder jamás cierta distinción clásica anduvo entre bohemios y poetas -gente a menudo reprendida por la moral del mundo- ofreciendo voces de aliento y esperanza.

También Alberto Baeza Flores, dentro y fuera de Chile, fue uno de estos vendedores de ilusiones que integran la bolsa internacional de la poesía. A todos los que se dejan dominar por los sueños -¿y qué poeta no es más soñador que otra cosa?- un político chileno, político joven todavía, suele llamarlos "fabricantes de humo". Alberto Baeza Flores, ya fuese en Cuba, en Costa Rica, en España o en los Estados Unidos, produjo humos en abundancia, no permitiendo nunca, eso sí, que se le subieran a la cabeza. En Costa Rica mi amiga Olga Arra-

tía le proporcionó un día un ejemplar de mi libro "Los Expedientes de Filebo" (Zig-Zag, 1965). No demoró Alberto Baeza Flo-

res, a quien entonces yo sólo conocía de obra, en escribirme una carta en que ponía mi libro por los cuernos de la luna. Tomé sus elogios y halagos como las expresiones de un chileno nostálgico de su tierra. Dueño de un rico repertorio bibliográfico, Alberto Baeza Flores fue un buen poeta y un excelente prosista. El género de las memorias reveló otra singularidad de su talento hace algunos años. En los plúteos de mi biblioteca (¡plúteos, hélas Quevedo!- guardo una extensa hilera de títulos debidos a la inspiración de Baeza Flores. Dos acontecimientos históricos adquieren especial relieve en esta biografía a la hora del deceso. En 1938 acompañó al poeta Juan Arcos, Juanito Arcos (Juan Arcos García), en la aventura del primer volumen de poemas: "Vitalidad para el Ser". Juan Arcos falleció entre nosotros no hace mucho tiempo. Los sucesos de Ranquil, del año 1934 (levantamiento campesino sofocado por medio de las armas), movieron a Reinaldo Lomboy, el novelista, y a Alberto Baeza Flores, el poeta, en 1939, a viajar con enormes penurias al interior del valle de Lonquimay. Iban a buscar datos históricos para escribir un gran libro sobre el tema. De allí precisamente salió un gran libro: la novela "Ranquil", de Reinaldo Lomboy.

Alberto Baeza Flores se radicó más tarde en Cuba, donde se casó y tuvo una hija. Nunca dejó de estar en contacto con Chile y los chilenos. Evocaba con hondo afecto sus días de formación en la casa solariega del poeta Eduardo Castillo Urizar, que fue su maestro, en Bolívar con Avenida Ossa. Eduardo Castillo Urizar, como se recordará, padre de los Castillo Velasco.

El desempeño de Alberto Baeza en la secretaría de redacción de la Revista Cuadernos por la Libertad de la Cultura enajenó para el poeta, en rudas horas de combate, el factor de la simpatía izquierdista. Ahora mismo se querrá conservar más el recuerdo de Mariano Aguirre que el de Baeza Flores. Yo, por lealtad con lo humano, siento en el pozo del alma la partida de ambos.

Oficio de difuntos [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oficio de difuntos [artículo] Luis Sánchez Latorre.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile